

de esos miles de páginas. Podemos, sin dificultad, rastrear su recorrido, buscar las relaciones de su literatura con el mundo y de su mundo con la literatura. Ahora se nos brinda la oportunidad de completar ese esquema, ya que en Argentina y en España acaba de ver la luz una amplia muestra de su epistolario completo. Hablamos de tres densos (y apetecibles) volúmenes, organizados por Aurora Bernárdez y con el auxilio de Gladis Yurkievich.

¿Por qué resulta atractivo un epistolario? Sencillamente porque ilumina, porque a través de él podemos, ahora sí, armar con mayor propiedad la figura del autor en cuestión. Nos facilita datos, fechas, menciones a sucesos, personas, etc, por los que nos resulta más fácil detectar el pulso de su espíritu. Viene a ser, como señala Saúl Yurkievich en el acertado y comedido prólogo, su mejor autobiografía. Señalemos, en esta línea, que la única biografía que hay sobre Cortázar, escrita por Mario Goloboff y editada por Seix Barral Argentina, de la que ya nos ocupamos en estas páginas, aún no es posible encontrarla en librerías españolas, tras dos años de su fecha de edición.

El epistolario está estructurado cronológicamente. El primer volumen integra 198 cartas escritas entre 1937 y 1963; el segundo cuenta con 258, escritas desde 1964 a 1968; y el tercero 276, fechadas

desde 1969 hasta 1983. A ello se suma una *addenda* con cartas de Jaime Alazraki, Jean L. Andreu y Juan Carlos Onetti. La edición, además de presentar un índice inicial preciso (hubiera sido oportuno dar en éste alguna entrada en cada carta para facilitar claves temáticas al lector) y otro onomástico utilísimo, cuenta con un listado de referencias biográficas ordenado alfabéticamente. Conviene matizar, al mismo tiempo, que no nos hallamos frente a la edición crítica de un epistolario, dado que las cartas no vienen apoyadas, salvo contadas excepciones, por notas a pie de página, sino que nos encontramos ante ese poco más de setecientas misivas impresas tal como las escribió el propio Cortázar. Se trata, pues, de un trabajo muy saludable y de manejo sencillo. A este respecto, por ampliar información, podemos recordar la edición, ésta sí crítica, que la profesora Mignon Domínguez realizó para Sudamericana sobre determinadas cartas que Cortázar escribió, entre 1939 y 1945, a su antigua compañera de claustro del Colegio Nacional de Bolívar, María de las Mercedes Arias. El libro de Domínguez, del que ya dimos cuenta en *Cuadernos Hispanoamericanos* —y que sigue ilocalizable en España—, es también de sumo interés para aquel lector que quiera indagar y profundizar especialmente en el Cortázar jovencísimo, apenas egre-

sado de la Escuela Normal de Profesores Mariano Acosta.

¿De qué hablan y a quiénes van dirigidas estas cartas? Hablan de la vida y sus implicaciones. Es decir del arte, de la muerte, del recuerdo, de los viajes, del jazz, de la guerra. Tratan de literatura, de cine, de política, de la amistad, de la soledad del escritor, del tedio provinciano, de la esperanza en una América Latina separada del despotismo y de cuanto nos rodea en nuestro quehacer cotidiano. Esa es la grandeza de todo epistolario: su inicial y explícita capacidad para proyectar los intereses de quien escribe libre del compromiso que exigen las otras fórmulas literarias sujetas al mercantilismo. Más todavía en alguien como Cortázar que redactaba sus misivas sin condición formal alguna: «Perdóname las innumerables faltas de estilo, pero no pienso hacer borrador y pasar luego en limpio la carta. Te escribo directamente, ya que no me preocupa el temor de tanta gente que está a la espera de que se publiquen, en la edición de las 'Obras Completas', las correspondientes colecciones epistolares» (dirigida a Eduardo A. Castagnino, en 1937).

Por lo demás, la relación de receptores de estas cartas es larga (no entro en el índice onomástico, que es abrumador), de los que cito sólo algunos a manera de ejemplo: Mercedes Arias, Luis Gagliardi,

Lucienne C. de Duprat, Fredi Guthmann, Damián Bayón, Ana María Barrenechea, Kathleen Walker, Francisco Porrúa, Sara Blackburn, Joaquín Díaz Canedo, José Lezama Lima, Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, Sara Facio, Graciela de Sola, Julio Silva, Roberto Fernández Retamar, Italo Calvino, Eric Wolf, Jaime Alazraki, Claribel Alegría, Jaime Salinas, Haydée Santamaría, Saúl Sosnowski, Miguel Otero Silva, Herminia Descotte de Cortázar, Saúl Yurkievich, Carol Dunlop, Ángel Rama, Mario Muchnik y varias decenas más, todos ellos nombres que se ajustan al recorrido de la propia vida de Cortázar.

En este sentido, si quisiéramos acoplar dicho mosaico, sería necesario subrayar las tres etapas vitales, como mínimo, de Cortázar. A saber: la primera —obviando su infancia y adolescencia en Banfield— se correspondería desde sus tareas docentes de maestro de letras (enseñanza secundaria) en Bolívar y Chivilcoy, a mediados de los años treinta, y su estadía como profesor universitario (aun careciendo de dicho título) en la entonces joven Universidad de Cuyo (Mendoza) hasta finales de los cuarenta, momento en que, por razones ligadas al peronismo efervescente, renuncia a la cátedra de Cuyo y regresa a Buenos Aires para trabajar en la Cámara Argentina del Libro. Es éste un período en el que los des-

tinarios de sus cartas se mueven o se han movido en ese ámbito (Gagliardi, Castagnino, Arias, Duprat). Éste es un Cortázar, en especial, poeta. Sus preocupaciones giran alrededor del hastío provinciano y nos dan un perfil energético pero frustrado por los límites sociolaborales en que se encuentra. La segunda etapa responde ya a París, desde principios de los años cincuenta hasta mediados de los sesenta (Guthmann, Barrenechea, Lezama Lima, Porrúa, Vargas Llosa, Piñera), lo cual nos ofrece el Cortázar más solipsista. El descubrimiento de París y sus cafés, su rastreo palmo a palmo y la soledad deseada, que se traducirá en años de notable producción narrativa. Por último, el tercer bloque, que iría desde los años setenta hasta su muerte, tiene que ver con su despertar político (Fernández Retamar, Rabassa, Santamaría, Viñas, García Márquez, Muchnik), pero también es su ruptura amorosa (1979) con Ugné Karvelis (que había desplazado a Aurora Bernárdez conforme la militancia políti-

ca de Cortázar fue afilándose) y su emparejamiento con Carol Dunlop.

Comentar el tono de las cartas aquí recogidas es un ejercicio innecesario, por conocido: no sé de nadie que haya hablado o escrito mal de Cortázar. Siempre lo he oído ensalzado, por su humildad y por ese don que tenía para ser querido y respetado, querencia y respeto desde los que él se entendía con la gente. Eso se aprecia en las cartas. Concluyo con un fragmento que obedece a ese color de los textos que menciono y que reproduce el propio espíritu de Cortázar. Va dirigido a su madre («Mamita querida») y a su hermana Ofelia, está fechada en noviembre de 1982. Les informa de la muerte de su esposa Carol Dunlop, con quien hoy está enterrado el propio Cortázar en el cementerio parisino de Montparnasse: «Carol se me fue como un hilito de agua entre los dedos el martes 2 de este mes. Se fue dulcemente, como era ella».

Miguel Herráez

Pablo Palacio en la Colección Archivos*

Desde hace varios años la Colección Archivos de la Unesco ha venido recuperando o reiterando el canon de la literatura latinoamericana. A su vez, sigue construyendo otra versión de ese interminable registro de obras valiosas, sobre todo para el siglo veinte. Naturalmente, cada lector propone su contracanon, pero el hecho más evidente, como se ha dicho en varias ocasiones, es que la Colección Archivos está a la par de la Bibliothèque de la Pléiade de Gallimard en su propósito de proveer ediciones definitivas y fiables de varios clásicos latinoamericanos. Sin embargo, la Colección Archivos va mucho más allá del formalismo y legitimación típicos de la Bibliothèque de la Pléiade, como se nota en una de sus dos más recientes ediciones críticas, las *Obras completas* (París/Madrid: ALLCA XX, 2000) del ecuatoriano Pablo Palacio, coordinada por Wilfrido H. Corral.

* Pablo Palacio, *Obras completas*, edición Wilfrido Corral, Archivos, Madrid, 2000.

Para países pequeños como el Ecuador, del cual Archivos sólo ha publicado otro tomo, la internacionalización de sus autores, patente en el caso de uno oficialmente subestimado durante la mayoría del siglo veinte, esta publicación es de incalculable importancia. Al fin la obra de un ecuatoriano se ubica en el lugar que le corresponde, muy distanciada de las envidias e intrigas ideológicas nacionales que, como explica Corral en su «Introducción del Coordinador», imposibilitaron una evaluación objetiva de Palacio y su obra. Éste publica los relatos de *Un hombre muerto a puntapiés* (cuentos) en 1927, el mismo año en que sale su *Débora*, novela. En 1932 da a la imprenta su *Vida del ahorcado* (Novela subjetiva), y hasta mediados los años treinta publica algunos ensayos y su traducción (de una edición francesa) de los fragmentos de Heráclito.

Palacio, originario de Loja, no publica más durante su vida, y muere en Guayaquil de causas poco determinadas más allá de la chismografía tendenciosa. Desde entonces él y su obra sufren varias «muertes», y la publicación nacional de otras *Obras completas* en 1964 y 1998 no causa otra cosa que intentos de asesinato de un autor que no termina de resucitar.

Corral incluye en su edición todos los textos de Palacio, y la totalidad de ellos ocupa unas doscientas cin-